

# Un recuerdo y una hipótesis

EN el último tercio del siglo pasado vivió en Riohacha el famoso sabio Eliseo Reclus, autor de una enorme y documentada obra de Geografía Universal. Este suceso memorable, que debiera llenar algunas páginas de la historia colombiana, ha ido desvaneciéndose con el correr de los años, hasta el punto de que la labor del ilustrado y paciente geógrafo francés anda perdida en la histórica villa, como un recuerdo viejo e inútil, asociada a las mustias glorias de una época inestimable y desconocida.

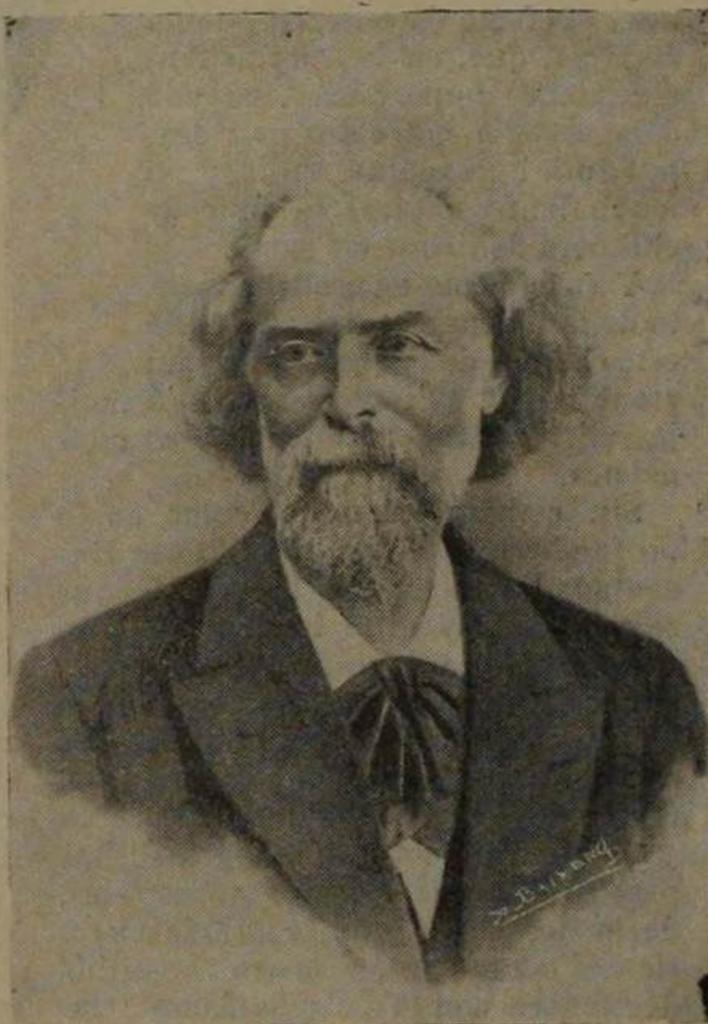
Es posible que en algunas de sus diligentes y apasionadas correrías a través del mundo, aquel enamorado de la ciencia viniese a parar a nuestras costas con el sólo fin de añadir un capítulo a su monumental geografía, tan celebrada entonces, cuando ni siquiera soñaba la humanidad con los progresos modernos, que habrían de poner en contacto fecundo a los más distantes habitantes de la tierra. Pero, cabe preguntar: ¿Vino Reclus hasta nosotros con un propósito determinado, o fué simplemente la casualidad la que lo indujo a plantar sus tiendas de investigador en las escuetas playas del mar Caribe? ¿Qué viento impropicio empujó su nave hasta la península de la Goajira? No es fácil saberlo. Ni en los libros del sabio ni en la suerte de actividades a que hubo de dedicarse durante su permanencia en Riohacha, se adivina la voluntad deliberada de hacer obra especial. Apenas si habla en su Geografía de la Península y establece muy de paso sesudas observaciones sobre las tribus indígenas que descastadas y diez-madas la habitan aún.

A aquéllas quiero referirme, consagrando antes a su autor una memoria tardía que ojalá se traduzca en reivindicadora iniciativa y logre perpetuar el tránsito ocasional por nuestras costas, de aquel cerebro vigoroso al que movió la más pura aficción por la naturaleza y sus desconocidas maravillas.

¡Cruzar un mundo para descubrir con los propios ojos una lejana península, o un lago de cristalina virginidad, enjoyado entre adustas e impenetrables montañas! Hé ahí una pasión excelsa, con cierto dulzor de romanticismo, como tantas otras de las que conmovieron el siglo pasado, dignas tan sólo de enseñorearse en los mágicos cerebros de Pasteur, Bernard y demás linajudos de la Ciencia. Mientras unos persiguen en el laboratorio la parábola desconocida de los micro-

organismos, otros, como Reclus, vanse por los continentes abriendo cauces a la sabiduría, arterias que son hoy el vehículo por donde circula la inquietud moderna con febril precipitud.

Reclus, después del regocijo que debió brindarle el conocimiento de las costas colombianas del norte, seguramente escaso de recursos, fundó un colegio en Riohacha para distraer sus ocios y para dar pábulo a sus deseos; y así, en tan noble actividad, trascurrieron los días—no se sabe cuántos—



ELISEO RECLUS

hasta que logró reanudar sus peregrinaciones científicas. Creyó hallar ciertas afinidades entre la cadencia del griego y la del idioma goajiro; consignó su opinión sobre la estabilidad de los bancos perlíferos y, un día inesperado como el de su llegada, abandonó la histórica ciudad en medio del sentimiento de sus numerosos discípulos. Por desgracia no queda ninguno de ellos para verificar la exactitud de este relato, que he recogido de labios indiferentes.

Pensando en Reclus y en la Goajira, tierra que es toda ella una sola maravilla a pesar de su evidente esterilidad, he ido a parar a los grandes problemas geográficos y, dado con la famosa Atlántida, sueño inconfirmado de los siglos.

Sea que haya existido o no, tenga o no tenga qué ver con la Goajira esa

milenaria hipótesis, al atravesar la península he soñado en una hermosa tarde de julio, que fué ella en remotos tiempos asiento de un mar que pudo circuir las costas del suspirado continente, cuya existencia, de ser probada, pondría término al problema del origen de las razas americanas. Y expicábame así aquella hipótesis: Atraviesa la Goajira una cordillera que va a morir en Castilletes; dijérase la irrupción de una naturaleza diferente, pues, desde su nacimiento, la superficie peninsular hállase vestida de una gruesa capa de arena movediza—tal vez extendida por las olas—sembrada de cactus y arbustos espinosos. No ofrecen sus costas acantilados ni rocas de formación pétreas que puedan animar el paisaje costanero, y casi todas ellas son sitios aplaceados, fuentes saliníferas que se brindan fáciles a la marea germinal y regalan a la producción los más puros y variados cristales.

Caminando aquella tarde por esas playas que dora el sol y sacude el viento nordeste, repetíame la pregunta: ¿fué esta península, en otro tiempo, asiento de un mar desaparecido por el capricho de la naturaleza? Es posible, respondiame. En la terrible catástrofe que vino a mudar la fisonomía continental, las olas barrieron hasta la desnudez el vientre de la península, porque en la aridificada extensión no medra ninguna planta noble y la que crece lleva vida precaria: pero, allí donde el suelo se muestra tan desagradecido a la raigambre vegetal, la vida de los rebaños que apacientan los indígenas está asegurada por un clima saludable, y, muy especialmente, por la calidad salina del terreno.

Cría que nace, cría que crece, se reproduce y regala los beneficios de su muerte. Ganado vacuno y caballar, cabras y ovejas constituyen una valiosísima riqueza en manos de las tribus de indígenas que hacen una vida errabunda en ese territorio. Y si no es la vegetación desmedrada la causa de tan portentoso milagro, si allí no crecen las gramíneas ni otras plantas de tan grande virtud alimenticia, tienen que ser sin duda las condiciones salitrosas del terreno las que obran tan benéficamente en el desarrollo animal. Además, si se perfora la tierra, a muchas leguas de la costa, brota agua salada.

El mar, ese mar goajiro, hubo de extenderse muy próximo a la sierra de los motilones. ¿Cuánto tiempo hace que esto acaeció? Tal vez siglos de siglos; mas este problema, así como el del origen de las castas goajiras, tan distintas de las que moran en la Sierra Ne-

(Pasa a la página 300).